

Vigencia de las ideas filosóficas sobre la universidad¹

Luz Gloria Cárdenas Mejía

Profesional, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá

luzgloria4@hotmail.com

Resumen:

Algunos pensadores, como Paul Ricœur, sostienen que existe una idea de universidad cuyo cometido es la búsqueda de la verdad, la cual se perpetúa desde Wilhelm von Humboldt hasta Karl Jaspers. En este artículo se mostrará que este no es el caso de todos los filósofos que se ocuparon del asunto, pues existe otra idea de universidad a la que acuden Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger y José Ortega y Gasset, para quienes la institución debe orientarse a la transmisión, el mantenimiento y el fortalecimiento de la cultura. Con el propósito de examinar estas dos ideas, se considera oportuno remontarse a sus orígenes griegos, específicamente a Aristóteles, quien indaga sobre las nociones de búsqueda de la verdad y de cultura. Al final, se establece un diálogo y un balance entre las precisiones encontradas en Aristóteles y en los filósofos referidos, con el fin de medir sus alcances y su posible vigencia para las discusiones que aún hoy se dan sobre cómo concebir la universidad.

Palabras clave: universidad; ciencia; filosofía; verdad; cultura

DOI: <https://doi.org/10.46854/fc.2026.1s.158>

Abstract:

Philosophical ideas about university and their relevance today

Some thinkers, such as Paul Ricœur, hold that there is a notion of university whose purpose is the search for the truth, an idea that perpetuates from Wilhelm von Humboldt to Karl Jaspers. Notwithstanding, this paper demonstrates that this is not the case in all philosophers that have dealt with the topic, as there is another notion of university in Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger, and José Ortega y Gasset, for whom the purpose of university should be the transmission, conservation, and strengthening of culture. With the aim to examine these two notions, we firstly go back to their Greek origins, notably in Aristotle who investigated the search for the truth and culture. Finally, we establish a dialogue and a point of balance between Aristotle's reasoning and the abovementioned authors so as to gauge their potential scope and relevance for current discussions on how to conceive university.

Keywords: University; Science; Philosophy; Truth; Culture

DOI: <https://doi.org/10.46854/fc.2026.1s.158>

1 Este artículo se realizó en el marco del Proyecto MIN-UPN-937-24 (Contrato No. 112721-482-2023, del 25 de abril de 2024), titulado *El problema de la formación: actualización de un concepto fundamental en la educación y su despliegue en la enseñanza de la filosofía*, financiado con recursos del Patrimonio Autónomo Fondo Nacional de Financiamiento para la Ciencia, la Tecnología y la Innovación Francisco José de Caldas.

1. Introducción

En este artículo se presenta la idea de universidad defendida por pensadores alemanes, ingleses y españoles desde dos concepciones de *Bildung*: una centrada en la búsqueda de la verdad y otra en lo que entendían por cultura. Estas concepciones se examinan a partir de la idea aristotélica de búsqueda de la verdad y de la de *ethos*, que, en cierto sentido, puede equipararse con la noción de cultura asumida por dichos pensadores. A la luz de lo anterior, se propone una revisión de la idea de universidad desde una concepción más amplia de verdad, que abarque, además de la ciencia, todo tipo de conocimientos, saberes y artes, y desde una concepción de cultura que no se circunscriba a una comunidad específica, sino que incorpore la multiplicidad y aspire a la defensa y promoción de los derechos para todos.

En la primera parte se recogen algunas precisiones realizadas por filósofos de los siglos XVIII y XIX, no sólo en Alemania sino también en Inglaterra. En la segunda parte, se presentan las reflexiones de pensadores que promovieron la idea de cultura para la universidad. En la tercera parte, se señala que la noción de búsqueda de la verdad tiene su origen en el mundo griego antiguo y, específicamente, en Aristóteles. Se examina asimismo si, de forma análoga, puede hallarse en Aristóteles una idea de cultura o algún equivalente, con el propósito de establecer un diálogo y un balance entre las precisiones encontradas en él y en los filósofos mencionados, a fin de medir sus alcances y su posible vigencia para las discusiones que aún hoy se dan sobre la universidad.

2. La idea de universidad como búsqueda de la verdad

Paul Ricœur, en *Perspectivas de la universidad contemporánea para 1980*,² apunta a la necesidad de repensar la universidad desde la idea de una búsqueda de la verdad sin trabas y sin coacción.³ Ricœur precisa que esta idea de universidad, expresada en la búsqueda de la verdad, comienza con Humboldt y llega hasta Jaspers. Asegura que dicha aspiración se constituye en un derecho de la humanidad, del cual se deriva la concepción de la universidad como

2 Ricœur, P., *Perspectivas de la Universidad contemporánea para 1980*. Trad. L. Cortiñas. *Pensamiento universitario*, 2002, n.º 10, pp. 81–91.

3 Esta propuesta de Ricœur remite a la de Jürgen Habermas, quien apunta a que se propicie un diálogo sin trabas ni coacción: “Naturalmente, sólo en una sociedad emancipada, que hubiera realizado la comunicación crítica y libre de sus miembros, sólo en una tal sociedad se podría desarrollar la comunicación de todos con todos en un ámbito de diálogo libre de opresiones, diálogo del cual tomamos el modelo para una interacción de un yo idéntico consigo mismo gracias a su formación y a la idea de la verdadera comprensión social” (Habermas, J., *Conocimiento e interés*. Trad. G. Hoyos. *Ideas y Valores*, 44, 1973, n.º 45, p. 73).

una comunidad de investigadores y estudiantes que hacen posible el ejercicio de la crítica.

La idea de universidad como búsqueda de la verdad fue defendida en los siglos XVIII y XIX por alemanes como Wilhelm von Humboldt —como lo anota Ricœur— y también por Friedrich Schelling, Johann Gottlieb Fichte y Friedrich Schleiermacher; pero no sólo por alemanes, sino también por ingleses como John Henry Newman, cuyos aportes contribuyeron a la fundación de universidades en ambos países. En América Latina, sólo hasta el siglo XX el Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo publicó un volumen con las traducciones de los textos alemanes sobre la idea de universidad. Hasta ese momento, tal como señala Juan Llambías de Azevedo en el prólogo, las universidades de esta parte del mundo seguían los modelos españoles o franceses.⁴ La primera parte de dicha traducción corresponde a intelectuales del idealismo y del romanticismo: Johann Gottlieb Fichte, Friedrich Schleiermacher y Wilhelm von Humboldt. La segunda parte incluye a Friedrich Nietzsche, Paul Anton de Lagarde y Max Weber, y una tercera, a Max Scheler y Karl Jaspers. Con estos textos se recorre la idea de universidad desde el siglo XIX hasta el XX en Alemania. Del inglés John Henry Newman se cuenta con un texto de pasajes seleccionados, traducido recientemente con ocasión de los debates y movimientos sobre educación que tuvieron lugar en Chile en 2011, con el propósito de “ofrecer nuevas luces que alimentaran la discusión”.⁵ A continuación, se recogen algunas precisiones realizadas por estos pensadores, con las cuales puede obtenerse una visión, no detallada, pero sí general, de la idea de universidad como búsqueda de la verdad.

3. La idea de la búsqueda de la verdad

La idea de búsqueda de la verdad orienta las reflexiones de los pensadores alemanes que precedieron a la fundación de la Universidad de Berlín, institución que, desde entonces hasta hoy, se ha constituido en un modelo a seguir en Occidente. Uno de estos pensadores es Wilhelm von Humboldt, quien, en *Sobre la organización interna y externa de los establecimientos científicos superiores en Berlín*, considera que el principio que guía a la universidad es la búsqueda de la ciencia. Así lo precisa: “Pero si acaba finalmente siendo imperante

4 Azevedo, J., Prólogo. In: editor anónimo, *La idea de la universidad en Alemania*. Fichte, Schleiermacher, Humboldt, Nietzsche, De Lagarde, Max Weber, Scheler, Jaspers. Buenos Aires, Editorial Sudamericana 1959, pp. 7–12.

5 Newman, J. H., *La idea de una universidad*. Ed. y trad. P. Jullian. Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile 2016, p. 49.

en las instituciones científicas superiores el principio de buscar la ciencia en cuanto tal, no hace falta preocuparse más por ningún otro particular”.⁶ Esta idea se reitera en Johann Gottlieb Fichte, en *Plan razonado para erigir en Berlín una institución de enseñanza superior que esté en conexión apropiada con una academia de las ciencias*, donde aboga por una universidad en la que los profesores no repitan los libros, sino que cultiven el entendimiento para la ciencia y lo apliquen a la vida.

“No se estudia para poner en palabras lo aprendido como si fuéramos a examinarnos constantemente a lo largo de la vida, sino para aplicarlo al caso que ocurre en la vida y transformarlo así en obras; no para repetirlo solamente, sino para hacer algo con ello y a partir de ello. Por consiguiente, el fin último no es aquí, en modo alguno, el saber, sino más bien el arte de usar el saber. Ahora bien, este arte de la aplicación de la ciencia a la vida presupone otros elementos constitutivos ajenos a la academia, como el conocimiento de la vida y la práctica de la facultad de juzgar acerca del caso de la aplicación, de los cuales no se habla en principio. Pero sí es pertinente la cuestión del modo en que se puede adquirir la ciencia misma como un instrumento y una propiedad que se configura libremente y de modos infinitos de suerte que sea posible una aplicación pronta a la vida, aunque esta se conozca por otros medios.”⁷

Dicho propósito implica, a su vez, la necesidad de diferenciar los fines que tienen la Academia de la Ciencia, la universidad y la escuela, tal como lo hace Friedrich Schleiermacher en *Pensamientos ocasionales sobre universidades en sentido alemán, con un apéndice sobre la erección de una nueva: la Academia —“las llamadas sociedades eruditas”—*;⁸ la universidad, cuyo propósito “es despertar la idea de la ciencia en los jóvenes más nobles”;⁹ y la escuela, a la que corresponde sacar a la luz el talento y el espíritu científico que prepare a los jóvenes para la universidad. Pero lo anterior implica precisar la tarea que compete a la Filosofía. Esto lo hace Friedrich Schelling en *Lecciones sobre el método de los estudios académicos*, texto no incluido en la traducción referida, pero que sí delimita la función de la Filosofía, la cual consiste en ofrecer una idea general de la ciencia: “No puede esperarse en general esta concepción más que

6 Humboldt, W., Sobre la organización interna y externa de los establecimientos científicos superiores en Berlín. Trad. B. Villa. *Anales del Seminario de Metafísica*, 38, 2005, n.º 1, p. 286.

7 Fichte, J. G., Plan razonado para erigir en Berlín una institución de enseñanza superior que esté en conexión apropiada con una academia de las ciencias. Trad. E. Sommersguter. In: editor anónimo, *La idea de la universidad en Alemania. Fichte, Schleiermacher, Humboldt, Nietzsche, De Lagarde, Max Weber, Scheler, Jaspers*, op. cit., p. 64.

8 Schleiermacher, F. D. E., Pensamientos ocasionales sobre universidades en sentido alemán con un apéndice sobre la erección de una nueva. Trad. M. Rein. In: editor anónimo, *La idea de la universidad en Alemania. Fichte, Schleiermacher, Humboldt, Nietzsche, De Lagarde, Max Weber, Scheler, Jaspers.*, op. cit., p. 125.

9 Ibid., p. 155.

de la ciencia de las ciencias, la filosofía, y por eso particularmente del filósofo, cuya ciencia especial es la ciencia absoluta y universal y cuyos anhelos, por lo mismo, han de tender naturalmente a abarcar la totalidad de los conocimientos humanos”.¹⁰

La idea de universidad como búsqueda de la verdad, como se ha señalado, no sólo está presente en los pensadores alemanes; por la misma época, John Henry Newman pronuncia en 1852 una serie de discursos que se oponen a la concepción utilitarista dominante en la Inglaterra de su tiempo y defiende la idea de una universidad orientada al conocimiento universal. Según Newman, “se concibe la universidad como un lugar donde se enseña conocimiento universal, lo que significa que su objetivo es, por una parte, intelectual y no moral, y, por otra, la difusión y expansión del conocimiento por sobre el progreso”.¹¹ Asimismo, en consonancia con los alemanes, Newman considera que los conocimientos están interconectados, pues el fin común de todos es la verdad, y es la Filosofía la que puede establecer dicha conexión. Añade, además, una precisión que apunta a mostrar que, al no ser posible abarcar el conocimiento universal de manera individual, esta limitación se suple mediante la convivencia universitaria, pues:

“Así es como concibo una sede de enseñanza de conocimiento universal: la unión de hombres sabios y letrados, cada uno apasionado por su disciplina, reunidos en un trato familiar, en busca de una armonía intelectual, intentando conciliar las afirmaciones de sus respectivas áreas del saber y buscando estrechar las relaciones de sus investigaciones particulares. En este contexto se respira un auténtico conocimiento: los jóvenes aprenden a respetarse los unos a los otros, a consultarse y ayudarse recíprocamente, generando un ambiente de ideas y pensamiento puro y claro en el que cada estudiante contribuye con los conocimientos de su ciencia. Aquí, el alumno se beneficia de esta tradición intelectual, independiente de los profesores, quienes cumplirán con el rol de guiarlos en su elección e interpretación de las materias que escogen.”¹²

Newman, al tomar distancia del utilitarismo vigente en su época, defiende una educación liberal, la cual no es ‘útil’, sino que implica un conocimiento libre, autosuficiente, con el que se forma un hábito intelectual cuyos atributos son la libertad, la equidad, la calma, la moderación y la sabiduría: aquello que él denomina el hábito filosófico. Para él, la Filosofía, como también para los alemanes, cumple una función de integración: “la filosofía, debido a que

10 Schelling, F. W. J., *Lecciones sobre el método de los estudios académicos*. Trad. E. Taberning. Buenos Aires, Editorial Losada 2008, p. 11. (Biblioteca de obras maestras del pensamiento 83.)

11 Newman, J. H., *La idea de una universidad*, op. cit., p. 155.

12 Ibid.

ésta consiste en una visión integradora de la Verdad en todas sus ramas, de las relaciones e influencias entre las ciencias y sus respectivos valores”.¹³

Como Ricœur lo afirma, esta idea de universidad llega hasta el siglo XX con Karl Jaspers. En ese siglo, a diferencia de los anteriores, las ciencias son mucho más numerosas y, además, surge la técnica. Por ello, Jaspers considera que a la *Idea de la universidad*, en su aspiración al conocimiento, deben incorporarse todas las ciencias y, asimismo, la técnica.

“Sólo entonces, cuando un nuevo auge de la antigua idea de la universidad haga ver a los investigadores la grandeza de su tarea, existirá la esperanza de que la incorporación de la escuela técnica superior como facultad sea fructífera. Sólo entonces, cuando el impulso que a ello conduce repercute en todas las facultades, junto con la integración se producirá una renovación espiritual de toda la universidad —renovación de la que la incorporación de la facultad técnica será solo una parte—. La grandeza de esa tarea reside en la creación de una conciencia que realmente abarque la época, su saber y su capacidad: esta es la transformación hacia la universidad del futuro.”¹⁴

La idea de universidad como aspiración al conocimiento, en la que se inscribe la búsqueda de la verdad, es la que defiende Ricœur; sin embargo, para él ésta se encuentra en crisis. Según afirma, dicha idea es cooptada por una oligarquía y, además, tiende a desaparecer con la masificación que se produce en el siglo XX. La universidad, “habiendo estallado fuera de los límites en los que había sido concebida, se encuentra hoy sin idea, sea sólo el nombre colectivo dado a las instituciones y a todos sus establecimientos donde se brinda una enseñanza possecundaria”.¹⁵

Con el propósito de ahondar aún más en esta idea de aspiración a la verdad, que parece tener sus orígenes en la Grecia antigua, se retorna específicamente a Aristóteles, quien la formula, para examinar cómo fue concebida, especialmente en la *Metafísica*, y sus precisiones adicionales en la *Ética a Nicómaco*, y así verificar si es ésta la que alienta la idea de universidad como búsqueda de la verdad.

4. Aristóteles: la búsqueda de la verdad

Aristóteles, en *Metafísica*, comienza por situar la aspiración del deseo de saber en la naturaleza de todos los hombres, quienes, a diferencia de los demás animales,

13 Ibid.

14 Jaspers, K., *La idea de la universidad*. Trad. S. Marín. Ed. S. Sánchez. Barañáin, Ediciones Universidad de Navarra 2013, p. 122.

15 Ricœur, P., *Perspectivas de la Universidad contemporánea para 1980*, op. cit., p. 86.

disponen del arte y del razonamiento. Entre las artes, unas se orientan a las necesidades de la vida y otras a aquello que la adorna; así, descubrieron “las ciencias que no se ordenan al placer ni a lo necesario”¹⁶ y, entre ellas, la Sabiduría (*sophía*), “una ciencia sobre ciertos principios y causas”.¹⁷ Esta distinción entre ciencia y Sabiduría muestra, asimismo, la tarea que desde entonces se le concede a la *sophía*. Además, en el libro VI de la *Ética a Nicómaco* se encuentran otras precisiones que permiten marcar con mayor claridad la diferencia entre ciencia (*episteme*) y Sabiduría.

“Qué es la ciencia, resulta claro de estas consideraciones —si hemos de proceder con exactitud y no dejarnos guiar por semejanzas—: todos pensamos que aquello de que tenemos ciencia no puede ser de otra manera; de lo que puede ser de otra manera, cuando tiene lugar fuera del alcance de nuestra observación, no sabemos si es o no. Por consiguiente, lo que es objeto de ciencia es necesario. Luego es eterno, ya que todo lo que es absolutamente necesario es eterno, y lo eterno, ingénito e imperecedero. Además, toda ciencia parece ser susceptible de ser enseñada, y todo lo que es objeto de ella, de ser aprendido.”¹⁸

De la Sabiduría (*sophía*) se dice:

“De modo que es evidente que la sabiduría es el más perfecto de los modos de conocimiento. El sabio, por consiguiente, no sólo debe conocer lo que se deriva de los principios, sino poseer además la verdad sobre los principios. De suerte que la sabiduría será intelecto y ciencia, por así decirlo, la ciencia capital de los objetos más estimados.”¹⁹

Al final de la *Ética a Nicómaco* encontramos la siguiente afirmación, con la cual se refuerza la idea del importante papel que Aristóteles concedía a la ciencia y a la Sabiduría.

“Lo que es propio de cada uno por naturaleza es también lo más excelente y lo más agradable para cada uno, para el hombre lo será, por tanto, la vida conforme a la mente, ya que esto es principalmente el hombre. Esta vida será también, por consiguiente, la más feliz.”²⁰

De lo expuesto hasta aquí puede advertirse que la aspiración al saber —o, en el caso de los pensadores de los siglos XVIII, XIX y XX, al conocimiento— es semejante. También lo es la distinción entre ciencia y filosofía,

16 Aristóteles. *Metafísica*, libro I, 981 b 21–22. Trad. T. Calvo. Madrid, Gredos 1994, p. 73. (Biblioteca Clásica Gredos, 200.)

17 *Ibid.*, 982a 2–3, p. 74.

18 Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, libro VI, 1139b 19–26. Trads. M. Araujo – J. Marías. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales 1970, p. 90.

19 *Ibid.*, 1141a 16–20, p. 93.

20 *Ibid.*, 1178a 5–8, p. 167.

aunque, ciertamente, las nociones de ambas difieren. En Aristóteles, la ciencia se ocupa de lo necesario y la filosofía de los primeros principios y causas. En los pensadores de los siglos XVIII, XIX y XX, la idea de ciencia es considerablemente distinta: ha pasado por la matematización, la experimentación, la comprobación y la falsación. Se ha presenciado la aparición y consolidación de las llamadas ciencias del espíritu, la discusión sobre su estatus epistemológico y el auge de la técnica. No obstante, todos estos pensadores han mantenido la idea de la universidad como el lugar del conocimiento, como búsqueda de la verdad.

5. La idea de la cultura

Ricœur, en su texto, además de la idea de búsqueda de la verdad, reconoce la importancia de la cultura, para él asociada con la educación de la personalidad. Sin embargo, considera que ésta termina por convertirse sólo en interpretación del pasado y conservación de valores, lo cual conlleva a expulsar la creación que, según afirma, anima e impulsa la cultura. Esta concepción de cultura no está presente, como tal, en las reflexiones sobre la universidad en los pensadores alemanes mencionados ni en Newman; no obstante, sí adquiere relevancia en pensadores como Nietzsche, Ortega y Gasset y Heidegger.

La palabra *Bildung*, dice Gadamer —quien se remonta a su significación terminológica en la mística medieval, donde alude a imagen y modelo a imitar—, con Georg Wilhelm Hegel “pasa a ser algo muy estrechamente vinculado al concepto de cultura, y designa en primer lugar el modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades naturales del hombre”.²¹ Este término, *Bildung*, asociado con la cultura, se encuentra también en *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, de Friedrich Nietzsche,²² quien en 1872 adopta una posición crítica frente a la cultura vigente para señalar la necesidad de su renovación

“Así, que os repito, amigos míos: cualquier clase de cultura se inicia con lo contrario de todo lo que hoy se elogia como libertad académica, es decir, se inicia con la obediencia, con la subordinación, con la disciplina, con la sujeción. Y así como los grandes guías necesitan a quienes deben ser guiados, así también quienes deben ser guiados necesitan de los guías: con respecto a esto, en el orden espiritual domina una predisposición recíproca o, mejor,

21 Gadamer, H. G., *Verdad y método I*. Trad. A. Agus – R. Agapito. Madrid, Ediciones Sígueme 1977, p. 14.

22 Nietzsche, F., *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Trad. C. Manzano. Barcelona, Tusquets 2000. (Fábula 147.)

una especie de armonía preestablecida. Contra ese orden eterno, al que las cosas tenderán siempre con una fuerza de gravedad conforme con la naturaleza, obra precisamente esa cultura que hoy está sentada en el trono del presente. Ésta quiere humillar a los guías, sometiéndoles a servidumbre, o bien quiere acabar con ellos: espía a quienes deben ser guiados, en el momento en que están buscando su guía predestinado, y aturde con medios embriagadores su instinto de búsqueda. Pero si, a pesar de eso, quienes están destinados el uno para el otro se encuentran juntos en la lucha, heridos, surge entonces una sensación de delicia y de profunda conmoción, como si la provocaran los acordes eternos de una lira, una sensación que sólo mediante una imagen podría intentar hacerlos adivinar.²³

Esta renovación de la cultura exige, según Nietzsche, el cultivo de la lengua, el estudio del latín y del griego y una lectura de los clásicos antiguos guiada por los clásicos alemanes. Con ello verificamos que Nietzsche encuentra en los griegos antiguos la fuente de renovación de la cultura alemana, a la cual se retorna bajo la guía de los clásicos alemanes.

Esta idea de cultura vinculada con los griegos se encuentra presente, igualmente, en Martin Heidegger, quien, en el discurso pronunciado con ocasión de su posesión como rector de la Universidad de Friburgo en 1933, precisa que el espíritu que alienta a Occidente se halla en los comienzos de la filosofía.

“Sólo si nos situamos de nuevo bajo el influjo del inicio de nuestra existencia histórico-espiritual. Este inicio es el surgimiento [*Aufbruch*] de la filosofía griega. Con ella, el hombre occidental, por la fuerza de la lengua de un pueblo, se erige por primera vez frente al ente en su totalidad, cuestionándolo y concibiéndolo como el ente que es. Toda ciencia es filosofía, lo sepa y lo quiera, o no. Toda ciencia sigue ligada a ese inicio de la filosofía. De él extrae la fuerza de su esencia, suponiendo que siga estando a la altura de ese inicio.”²⁴

José Ortega y Gasset, por su parte, vincula la cultura más bien a los latinos. En 1930 afirma que para la universidad no bastan la investigación y la profesionalización, sino que es necesario saber por qué se está ahí y adquirir una cultura general, cuyos antecedentes encuentra en el medioevo. La cultura “no era ornato de la mente o disciplina del carácter; era, por el contrario, el sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad que el hombre entonces poseía. Era, pues, el repertorio de convicciones que había de dirigir efectivamente su existencia”.²⁵ Una universidad centrada sólo en la investigación adolece de una cultura que le permita situarse adecuadamente en su tiempo,

23 Ibid., p. 181.

24 Heidegger, M., La autoafirmación de la universidad alemana. In: idem, *La autoafirmación de la Universidad alemana. El rectorado, 1933–1934. Entrevista del Spiegel*. Estudio preliminar, notas y trad. R. Rodríguez. Madrid, Tecnos 2009, p. 37. (Clásicos del pensamiento. Tercer milenio; 86).

25 Ortega y Gasset, J., *Misión de la Universidad*. Ed. S. Fortuño. Madrid, Cátedra 2015, p. 5.

por lo cual sostiene: “Por eso es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esta es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser, antes y más que ninguna otra cosa, la Universidad”.²⁶ Por esta razón, la universidad tiene, según Ortega, las siguientes funciones: 1) transmisión de la cultura; 2) enseñanza de la profesión; 3) investigación científica. Sólo así la universidad mantiene el contacto con la ciencia y con la existencia pública.

6. La idea de cultura

Si bien los pensadores alemanes de los siglos XVIII y XIX que precedieron a la fundación de la Universidad de Berlín insistían en la idea de la universidad como búsqueda de la verdad —al igual que Newman en Inglaterra y, posteriormente, Jaspers en el siglo XX, seguido por Ricœur—, otros pensadores, como Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger y José Ortega y Gasset, reclamaban para la universidad la idea de cultura.

A diferencia de la idea de búsqueda de la verdad, que se encuentra explícitamente formulada en la Antigüedad por Aristóteles, propiamente no hay en él una idea de cultura tal como la concibieron Nietzsche, Heidegger y Ortega y Gasset. Sin embargo, algunos traductores y comentaristas de Aristóteles optan por verter el término *paideia* en sus respectivas lenguas como cultura. Así lo hace Werner Jaeger en *Paideia: Los ideales de la cultura griega*²⁷ cuando considera que con el término *paideia* Aristóteles se refiere a una especie de cultura general: “Aristóteles entiende por la capacidad de discernimiento que atribuye al hombre culto un cierto sentimiento en cuanto al modo adecuado de tratar un objeto y que no necesita envolver forzosamente el conocimiento de la verdad”.²⁸ También lo hace Pierre Aubenque cuando, citando un pasaje de *Partes de los animales*, indica: “no era de esperar que Aristóteles desvalorizase la exigencia científica en un texto que sirve de prólogo a toda su obra biológica; pero es más raro verlo hacer, en ese mismo lugar, el elogio de la cultura general”.²⁹ En este mismo sentido se pronuncia Osvaldo Guariglia: “se trata, por tanto, de una precomprensión tanto en relación con las cosas como en relación con las exigencias discursivas que emergen de los distintos tipos de conocimiento”.³⁰ Las disciplinas que, según Guariglia, proveen esta cultura

26 Ibid., p. 7.

27 Jaeger, W., *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. Trad. J. Xirau. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica 2001.

28 Ibid., p. 797.

29 Aubenque, P., *El problema del ser en Aristóteles*. Trad. V. Peña. Madrid, Taurus 1974, p. 272.

30 Guariglia, O., *La ética en Aristóteles, o, la moral de la virtud*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires 1997, p. 106.

general son la dialéctica y los analíticos, y precisa que *paideia* significa cultura general en ciertos pasajes de la obra que conservamos de Aristóteles. Este es el caso de *Ética a Nicómaco* I, 1, 1094b27; *Metafísica* II, 3, 995a10–16; *Partes de los animales* I, 1, 639a1–15; y también en otros textos relacionados: *Ética Eudemia* I, 6, 1217a6–10; *Metafísica* IV, 3, 1005b2–5. Transcribimos aquí el pasaje correspondiente a *Partes de los animales* de Aristóteles, en donde se percibe con claridad el significado que le atribuyen Jaeger, Aubenque y Guariglia:

“En lo relativo a toda especulación e investigación, por igual la más humilde sobre el método como la más elevada, parece que hay dos posiciones posibles, de las cuales una bien se puede denominar ciencia del objeto y la otra como una especie de cultura (*paideían*). En efecto, es propio de un hombre educado convenientemente el poder juzgar de forma certera si el que habla expone bien o no. Tal persona es la que precisamente creemos que está bien instruida, y el tener cultura el poder hacer lo antes dicho. Aparte, consideramos que esa persona por sí sola es capaz de juzgar sobre todos los temas, por decirlo así, y en cambio, otra únicamente sobre un tema determinado, pues podría haber algún otro dispuesto de la misma manera que el antes citado sólo sobre un aspecto particular.”³¹

El término *paideia* es traducido por Jean Voilquin en *Éthique de Nicomaque*,³² al igual que por J. Tricot³³ como *culture générale*, pero no ocurre así en inglés: H. Rackham³⁴ opta, más bien, por *the mark of an educated mind*. La elección de traducir *paideia* por ‘cultura general’ responde a una decisión del traductor, respaldada por el intento de verter el término a un uso que se considera equivalente y a una significación que se adoptó posteriormente para caracterizar el tipo de educación al que se refiere Aristóteles. Este tipo de educación habilita al hombre griego para la ciencia y la Sabiduría y requiere el conocimiento de los estudios sobre el razonamiento que Aristóteles desarrolla en los *Analíticos primeros*,³⁵ *Analíticos segundos*³⁶ y *Tópicos*.³⁷ Esta educación es distinta de la que Aristóteles propone en la *Política* para los jóvenes, la cual exige el cuidado del cuerpo y del alma y, por tratarse de los ciudadanos de la *polis*, concierne a la ciudad: “Y puesto que hay un fin único para toda

31 Aristóteles. *Partes de los animales*, libro I, 639 b 1–15. In: idem, *Partes de los animales. Marcha de los animales. Movimiento de los animales*. Trads. E. J. Sánchez-Escariche – A. Alonso Miguel. Madrid, Gredos 2000, p. 52. (Biblioteca Clásica Gredos, 283.)

32 Aristote. *Éthique de Nicomaque*, Livre I, 1094b27ss. Trad. J. Voilquin. Paris, Librairie Garnier Frères 1925, p. 20.

33 Aristote. *Éthique à Nicomaque*. Trad. J. Tricot. Paris, Editions Les Échos du Masquis 2014.

34 Aristotle. *Nicomachean Ethics*. Trad. H. Rackman. Harvard, Harvard University Press 1994.

35 Aristóteles. *Analíticos Primeros*. In: idem, *Tratados de Lógica (Órganon) II*. Trad. M. Candel. Madrid, Gredos 1982, pp. 83–297. (Biblioteca Clásica Gredos, 115.)

36 Aristóteles. *Analíticos Segundos*. In: idem, *Tratados de Lógica (Órganon) II*, op. cit., pp. 299–440.

37 Aristóteles. *Tópicos*. In: idem, *Tratados de Lógica (Órganon) I*. Trad. M. Candel. Madrid, Gredos 1982, pp. 79–306. (Biblioteca Clásica Gredos, 51.)

la ciudad, es manifiesto también que la educación debe necesariamente ser única y la misma para todos, y que el cuidado de ella debe ser común y no privado”.³⁸ Tal educación incluye lectura y escritura, gimnasia, música y dibujo.

En Aristóteles, un término equivalente a cultura —semejante a la idea que tenían de ella Nietzsche, Heidegger y Ortega y Gasset— puede ser, más bien, *ethos*. Tal como Aristóteles establece en la *Ética a Nicómaco*, *ethos* procede de una distinción terminológica entre ética y costumbre, cuyas palabras en griego sólo se diferencian por una letra: “la ética, en cambio, procede de la costumbre, por lo que hasta su nombre se forma mediante una pequeña modificación de ‘costumbre’”.³⁹ Julián Marías, en su versión al español, precisa en una nota a pie de página que el nombre ética (*ethique*) se deriva de carácter (*êthos*), que Aristóteles supone es una modificación de hábito, costumbre (*êthos*). El carácter, dice Aristóteles, se forma con el hábito y la costumbre, que son individuales; éstos, a su vez, están influidos por lo colectivo. Esto se manifiesta con mayor claridad en la *Retórica*, pues allí Aristóteles estudia los discursos retóricos y la manera en que se persuade mediante ellos⁴⁰. Estos discursos se construyen y pronuncian en el ágora, los estrados judiciales y las ceremonias públicas, y versan sobre lo conveniente, lo justo y lo digno de alabarse. Los oradores los elaboran a partir de lo que Aristóteles denomina los lugares comunes sobre dichas nociones y sobre las pasiones y los caracteres. Aristóteles recoge estos lugares comunes en su *Retórica*; corresponden a lo que los miembros de determinada comunidad admiten sobre tales nociones. Son puntos de partida de los razonamientos para considerar si una acción es conveniente, justa o digna de elogiarse. Mediante este procedimiento, lo admitido en general se pone en relación con las acciones individuales, lo que permite deliberar y tomar decisiones con las cuales se ajustan y amplían esas nociones. Puede establecerse, así, que es en virtud de las discusiones públicas que las nociones de lo conveniente, lo justo y lo digno de elogiarse se van constituyendo; sin ellas no es posible conformar una comunidad política, tal como lo establece Aristóteles:

“Pero el lenguaje sirve para expresar aquello que es conveniente o nocivo, lo justo o injusto. Y es característico del hombre frente al resto de los animales, que él sólo tenga percepción del bien y del mal, de lo justo e injusto, y otros valores; pues bien, la común posesión de éstos es lo que forma casa y *polis*.”⁴¹

38 Aristóteles. *Política*, libro VIII, 1337a 21–24. Trad. M. García. Madrid, Gredos 1988, pp. 455–456. (Biblioteca Clásica Gredos, 116.)

39 Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, 1103a 14–18, op. cit., p. 18.

40 Aristóteles. *Retórica*. Trad. A. Tovar. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales 1990.

41 Aristóteles. *Política*, 1253a 10–18, op. cit., p. 50.

En virtud de lo anterior, puede decirse que los lugares comunes de los que habla Aristóteles surgen del vivir en común y pueden corresponder a lo que, según Bernardo Kliksberg,⁴² entiende la UNESCO en 1996 por cultura: “la manera de vivir juntos, que moldea nuestros pensamientos, nuestras imágenes y nuestros valores”.⁴³ Esta definición es modificada por la Declaración de México sobre las Políticas Culturales de 1982, en la cual se define la cultura como el conjunto de características espirituales, materiales, intelectuales y emocionales que definen a una sociedad. Incluye las manifestaciones artísticas, las formas de vida, los derechos humanos, los valores, las tradiciones y las creencias. A través de la cultura, las personas y las comunidades construyen su identidad y fortalecen la cohesión social mediante principios y prácticas compartidas. Sin embargo, la apuesta de Ricœur, Nietzsche e incluso Heidegger parece distanciarse de la anterior idea de cultura, pues no se trata sólo de lo vigente, sino también de lo posible. Estos pensadores abogan más bien por su creación, renovación o aspiración.

Ricœur, finalmente, en su texto, reconoce que para poder solucionar la crisis es preciso volver a formular la idea de la universidad como búsqueda de la verdad, como lugar crítico y como foco de innovación científica y cultural; no sólo para la investigación —que reconoce es asunto de pocos—, sino porque “preparar a los hombres a tomar parte en la aventura técnica, cultural, científica, espiritual que arrebató a la humanidad es también la responsabilidad de la Universidad”.⁴⁴ Es preciso, afirma, optar por la participación en la autoridad y en la palabra, y establecer una zona de permeabilidad entre la institución y la cultura extrauniversitaria. Asimismo, es necesario ayudar a manejar y dominar, y ejercer el juicio crítico sobre los medios de comunicación de masas, además de crear una institución paralela en la que se puedan brindar experiencias de autoadministración y de responsabilidad en la discusión política. Ricœur concluye: “Si la Universidad satisface estas tres urgencias, la idea liberal que la funda y la justifica no será uno de esos valores del pasado que la retórica oficial venera, será también una *idea para el mañana*”.⁴⁵

42 Kliksberg, B., Capital social y cultura, claves del desarrollo. Cuadernos Latinoamericanos de Administración, 2006, n.º 2, pp. 5–31.

43 Unesco. Nuestra diversidad creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo. Trad. A. Lizarzaburu. Madrid, Ediciones Unesco 1996.

44 Ricœur, P., Perspectivas de la Universidad contemporánea para 1980, op. cit., p. 89.

45 Ibid., p. 91.

7. La universidad hoy

Si volvemos a Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*, encontramos que su idea de verdad no se restringe a la ciencia, al afirmar: “Empecemos, pues, por el principio y volvamos a hablar de ellas. Demos por sentado que aquéllas por las cuales el alma realiza la verdad mediante la afirmación o la negación son en número de cinco, a saber: el arte, la ciencia, la prudencia, la sabiduría y el intelecto”.⁴⁶ Por ello, desde Aristóteles puede establecerse que la verdad no le corresponde sólo a la ciencia o a la filosofía, como se desprende de los planteamientos de los pensadores de los siglos XVIII, XIX y XX sobre la idea de búsqueda de la verdad como propósito para la universidad.⁴⁷ Hoy, la universidad, más acorde con la concepción aristotélica de verdad, comienza a entenderse como el lugar de encuentro de las verdades que acontecen no sólo en las ciencias y la filosofía, sino en todo tipo de conocimientos, prácticas, saberes, técnicas, artes e incluso en la deliberación y la construcción de relatos.

Además de lo anterior, sería preciso ampliar la idea de cultura circunscrita a la imagen que cada comunidad va construyendo de sí misma, como lo vimos con la noción de *ethos* en Aristóteles y también en los pensadores de los siglos XVIII, XIX e incluso XX. Una idea de cultura más acorde con las aspiraciones actuales requiere pensar una universidad capaz de albergar la multiplicidad y de constituirse en un lugar para la conversación que apunte a la convivencia y a la construcción de la paz.

Asimismo, no basta con concebir una universidad para la búsqueda de la verdad y la convivencia de diferentes culturas: se requiere volver a pensar el tema de los derechos. Al retornar a Aristóteles, quien consideraba la ciudadanía desde las estrechas márgenes de sus funciones judiciales y de gobierno —funciones que sólo podían ejercer los hombres libres griegos y de las que quedaban excluidos las mujeres, los niños, los esclavizados, los bárbaros, los trabajadores en general y los extranjeros—, se hace necesario repensar el tema de las ciudadanías más desde los derechos que desde las funciones. Esto implicaría concebir, además, la universidad como un lugar de aspiración por los derechos de todos.

Así, la universidad precisa alzar su voz contra la violencia, la exclusión, la opresión y el aniquilamiento, y asumir su tarea de promover la verdad y una cultura que incluya a todos, para abrir desde ella todas las posibilidades que permitan acrecentar la vida humana y no humana.

46 Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, 1139b 15–18, op. cit., p. 90.

47 Véase, por ejemplo, Chotaš, J. – Prázný, A. – Hejduk, T. (eds.), *Moderní univerzita. Ideál a realita* [Una universidad moderna. Ideal y realidad]. Praha, Filosofía 2015. Nota de los editores.